

Noticiario de cultura española

Malraux, Lenormand y Cassou en España

Tres ilustres franceses, André Malraux, Henry R. Lenormand y Jean Cassou, llegan a Madrid en misión de confraternidad y de mutuo acercamiento cultural español-francés. No traen credenciales académicas, no vienen en misión oficial: el viento revolucionario que agita las conciencias proletarias de España y Francia manifestado en las últimas elecciones, que dió el triunfo a los Frentes Populares de ambos países, ha traído una racha de preocupación para el conocimiento mutuo y para la unión de sus fuerzas espirituales afines. El triunfo de la tendencia popular de los dos países, ha avivado sus relaciones intelectuales y ha hecho que la atención se concentre en una serie de problemas de gran actualidad cultural, problemas que tienen estrecho contacto con las vicisitudes político-social-económicas que hoy afectan a la casi totalidad de los países del mundo. De estos problemas, tiene grande intensidad y trascendencia aquel que se refiere a la situación del arte y de la cultura dentro de las nuevas condiciones que se van forjando en las sociedades. Como lo dijo Jean Cassou en una entrevista: «Hay que preparar el camino de una nueva cultura, adecuada para una humanidad fuerte y libre».

Son estas inquietudes y afanes, los que han movido a los principales cerebros de la intelectualidad francesa a propiciar un frente único pro defensa de la cultura, que se ha extendido rápidamente por todos los países hasta llegar a formar la podero-

sa «Asociación por la Defensa de la Cultura» y que cuenta con más de 300,000 afiliados.

De los actos y agasajos tributados a los ilustres escritores franceses en Madrid, merecen destacarse tres: la velada en el Ateneo, el homenaje a Lenormand en el Teatro Español y el gran banquete ofrecido a los huéspedes por la intelectualidad española. Cada uno de estos actos tuvo su significación especial y en cada uno de ellos se manifestó la franca y decidida marcha del nuevo ritmo que toma la cultura europea, y al mismo tiempo la voluntad de defender los principios permanentes de la integridad humana, amenazados por las corrientes políticas y sociales que pretenden erigir la voluntad de un hombre como norma.

El banquete se efectuó en uno de los principales restaurantes madrileños, con asistencia de cerca de quinientas personas, que representaban lo más granado de la intelectualidad hispánica. Junto a los agasajados estaba el Ministro de Instrucción Pública, don Francisco Barnés, y el de Comunicaciones, don Bernardo Ginés de los Ríos, que demostraban con su presencia cómo sabe apreciar la nueva República Española todo lo que a manifestaciones culturales se refiere. A nombre del Gobierno habló el Ministro de Instrucción Pública, y a nombre del Ayuntamiento de Madrid, su alcalde, don Pedro Rico. Otros oradores fueron Américo Castro, Gabriel Alomar, Alvarez del Vayo, Marcelino Domingo, etc. Jean Cassou contestó en español a nombre de los festejados. Hace cinco años—dijo—en 1931, él, y con él seguramente todos los escritores, intelectuales y artistas—españoles y franceses—se sentían aislados, arrinconados en sus sueños y en sus vidas, sintiendo que no poseían nada, sino una cosa: la cultura. «Es decir, los sueños de nuestros antecesores, los que antes de nosotros habían hecho el examen y la crítica de esa vida humana, insuficientemente humana, y de la sociedad injusta de su tiempo; los que habían querido formar la imagen de un hombre más completo, más perfecto, más armonioso, más humano. Hubo entre estos antecesores nuestros un

poeta francés, un gran poeta, el más asombroso, el más genial sin duda que haya habido entre los poetas. Se llamaba Arthur Rimbaud, y en su inagotable mensaje se experimenta ese sentimiento de extrañeza del poeta que vive en medio de un mundo inaceptable. Dice: «No estamos en el mundo; la vida verdadera está ausente». Y en otra parte dice: «Hay que cambiar la vida». Nosotros sabíamos que había que cambiar la vida. Pero no sabíamos cómo hacerlo. Y pensábamos que no sólo la sociedad está mal hecha, sino la humanidad misma, la vida misma, no en su accidente, no en su forma, sino en su esencia. Y por eso éramos pesimistas y desesperados.

Y entonces es cuando hemos descubierto una realidad. Una realidad, una fuerza capaces de cambiar la vida. Y esa realidad se llamaba el proletariado. Al lado de nosotros había hombres que trabajaban y que sufrían, y esos hombres reunidos, constituían una fuerza. Una fuerza y una esperanza. Entonces comprendimos que para cambiar la vida hay que cambiar las condiciones de la vida. Y comprendimos que eso es una cosa posible. Ya no hay que desesperar, se puede cambiar la vida.

Y entonces todos esos soñadores aislados y desesperados, escritores, intelectuales, artistas, comprendieron que la cultura, esa cultura que querían defender y prolongar, esa cultura no era una cosa abstracta y que se conserva en bibliotecas y en museos, sino una cosa viva, la señal, el índice del progreso humano, de las revoluciones humanas. Y entonces comprendimos que cultura y revolución significan una sola y misma cosa.

Hace cincuenta años se hablaba entre intelectuales de «ir al pueblo». Es una fórmula absurda y tan injuriosa para el pueblo como para los intelectuales. No, compañeros, no vamos al pueblo. Estamos con el pueblo. Después de haber hecho nuestro examen de conciencia, después de haber comprendido lo que pasa, lo que es proletariado, y lo que es historia y lo que es cultura, y lo que es revolución, pues la cosa está hecha, nos encontramos en nuestro lugar, en nuestro lugar natural y fatal, entre-

las filas de las masas, entre el proletariado. Trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, tenemos el mismo interés y perseguimos el mismo fin».

Y así, con tono de apóstol, con la mirada firme, que pasa a través de sus lentes en constante centelleo como carros minúsculos y acerados de sus ideas y sentimientos, continúa Juan Cassou su fogosa alocución, y termina agradeciendo aquel magnífico homenaje en su nombre y en el de sus compañeros: «Gracias a todos por la confianza y la energía que el magnífico ejemplo de la España nueva ha vertido en mí. Voy a llevar un poco de España nueva a mis compañeros franceses. Vuelvo a Francia lleno de España, es decir, lleno de vida, de pasión y de esperanza; vuelvo rehecho español, reespañolizado, rebautizado, por decirlo así, en las aguas lustrales de vuestra primavera popular».

En el Teatro Español se realizó la velada en homenaje al dramaturgo de «Simona» y «Crepúsculo del Teatro». Ricardo Baeza presenta a Lenormand, luego una disertación de éste sobre el papel del teatro en la hora actual, y por último la representación de la tragedia «Asia» del mismo autor por la compañía de Ana Adamuz.

Ha sabido Lenormand hacer surgir un teatro que hoy ya trasciende con relieves firmes en las nuevas tendencias de la dramaturgia. Antes de ver representadas sus obras tuvo que librar rudas batallas en los escenarios parisienses, junto con Pitoeff. Hoy el nombre de Lenormand es de sobra conocido y aclamado para insistir sobre la importancia que tienen las ideas de este hombre sobre el teatro actual. Destaquemos, pues, algunas de estas ideas de su disertación en el Teatro Español.

Hace resaltar primero la influencia del teatro en la formación y educación cultural del pueblo, especialmente en lo que se refiere a su liberación. Este mundo del teatro, «mitad irreal, haz de energías humanas colocadas al servicio de los sueños,

obra directamente sobre las masas y representa un poder de subversión, que el libro no posee en ningún grado».

Un día Arístides Briand, al recibir a una delegación de autores dramáticos, entre los que yo me encontraba, dijo, mirándome atentamente: «¡Ah, señores, cómo les envidio a Uds! ¡Cómo me gustaría estar en su lugar! ¡Qué tengo yo a mi disposición para persuadir a los hombres? Una voz solitaria. Ustedes en cambio tienen todo un mundo. ¡Qué gran tribuna es el teatro y cómo me gustaría valerme de él!».

Sé sobradamente todas las objeciones que un artista puede y debe formular contra el teatro como portavoz de las ideas. El teatro persuasivo, el teatro útil, como decía Alejandro Dumas, hijo. Yo sé que la intención de probar al iniciarse en la generalidad de los casos es un principio de muerte para toda obra de arte. Pero sé también en cambio que hay momentos en que el corazón del dramaturgo late al mismo ritmo que el de las multitudes, que hay momentos en que la misma inspiración de su inteligencia surca la de millones de seres y tales impulsos inician y bosquejan las de las masas en evolución.

En tal instante el dramaturgo es el portavoz inconsciente e insustituíble de las multitudes silenciosas, y recoge, concentra y sintetiza la voluntad dispersa, las inquietudes y aspiraciones de toda una clase y de todo un país. La obra que le está encomendada en tal momento no es una obra de propaganda; no está escrita para demostrar o para agradar, y por lo tanto, brota de él sin cálculo ni control la fuerza absolutamente irreprimible de su genio creador. Y así tendrá el poder misterioso de fundir los corazones y enlazar las conciencias, pudiendo, en suma, transformar el hombre. Pues bien, ese teatro, guía y antorcha de las multitudes inquietas, es para mí, dos veces sagrado: lo es primero como obra de arte y luego como fuerza liberadora. Hay momentos en que el grito de rebeldía del dramaturgo y el lamento informe de la masa se funden en este choque en que la escena y la historia coinciden. Ese grito le oiréis a veces en mo-

mentos de opresión, de barbarie; pero rehechó repercute fortalecido por millones de voces populares, e irá finalmente a derribar a los dioses al fondo de todos los Olimpos, destronando a los reyes en sus propios troncos. La insurrección del teatro ha precedido siempre a la insurrección de la calle. A veces se ha anticipado sólo unas horas, como en Bruselas en 1880, en aquella memorable representación de «La muda de Portici», que provocó la revolución.

En Grecia es un poeta trágico, Esquilo, el primero que lanzó el grito de rebeldía del hombre inútil y estúpidamente torturado por un Dios dominador de los hombres. Sobre la escena, y el día en que fué creado Prometeo, resonó por primera vez la voz del hombre implorando la piedad ante la miseria humana, sabiendo perfectamente que pagaría su amor con el suplicio de la carne.

Habla luego Lenormand de la situación del teatro en Rusia, de los grandes esfuerzos desplegados para la formación de un concepto teatral nuevo, y de los beneficios que representa para el pueblo el cultivo por medio del teatro. Continúa: «No es preciso dar al pueblo teatro de clase, un teatro que le hable de sí mismo, de sus sufrimientos, de sus reivindicaciones. Si queremos hablar al pueblo, hablemos como hombres que se han emancipado del conformismo burgués, no para adaptar el conformismo socialista y revolucionario, sino para llegar a lo inmanente, a lo universal». Y termina con esta afirmación: «El verdadero teatro del pueblo es el teatro del mundo».

Pero sin duda lo más interesante de esta luminosa trayectoria de los autores franceses por la vida intelectual madrileña, fué la sesión del Ateneo, en la que Malraux, el novelista tan conocido entre nosotros por la traducción que Oscar Vera ha hecho de sus obras—«La condición humana» y «El tiempo del desprecio»—se mostró con las características de un verdadero genio. El más joven de los tres franceses, con un rostro expresivo, en que al mismo tiempo se alían la fuerza y el ensueño, se impu-

so de inmediato, como una fuerza de la naturaleza, como algo que no responde a nada consentido ni querido, sino que envuelve irremediabilmente en su atracción y arrastra con su palabra en un viaje maravilloso del que sólo al volver nos damos cuenta con un profundo sentimiento de pesar por lo perdido. Malraux no lee; habla. Y es su palabra tan precisa, tan encajada en el concepto, que palabra e idea forman una tela insustituible, tela al mismo tiempo firme y delicada, que ondula en nuestras almas como si fuera la bandera del barco de nuestros propios sueños. Razón y emoción se conjugan en Malraux por un verdadero milagro, y sus ideas quedan en nuestra mente, y no sólo quedan, adquieren vida propia, fermentan, germinan, como si tuvieran un ímpetu siempre renovado e inmortal. El mismo comienza diciendo que no habla para exponer ideas, sino para ejercer acción, para plantear problemas, aquellos problemas que los escritores de todos los países deben plantearse, y que constituyen la razón de la «Asociación por la Defensa de la Cultura».

Precisa luego posiciones: se va contra el fascismo, y las diferencias de éste y de los escritores y de las conciencias libres, tendrán algún día que resolverse por la acción; pero mientras tanto es necesario exponer los fundamentos en que se apoya la defensa de la cultura. El fascismo exige la militarización total del hombre, de todos los hombres, de todas las profesiones, de todas las creaciones del hombre. No es justo decir que el fascismo carece de cultura, puesto que se apropia de la herencia cultural del país sometido a su tiranía; pero la convierte en una cultura de privilegio y de tropas de asalto, que tiende a la guerra y a la muerte. En cambio nosotros, dice Malraux, buscamos una civilización que prospere en la paz, queremos que la cultura florezca acrecentada en las masas, porque es solamente a través de la voluntad de extender la cultura que la cultura existe. Queremos valores universales, que son de todos, porque nacieron de la total generosidad humana. No es el artista quien necesita el arte, como no fué Cristo quien necesitaba del cristianismo, sino los esclavos

anhelantes de una redención. No son los poetas quienes necesitan de la poesía, sino las masas. La cultura no es un privilegio, es ante todo un don. Nuestro acuerdo, por lo tanto, es total con las masas y el proletariado; pero quisiéramos concertar una alianza con los cristianos sinceros y de buena fe. Ellos desean que el hombre trabaje y tome conciencia de sí para algo exterior a lo terrestre; nosotros deseamos que lo humano quede en el hombre y lo terrestre en lo terrestre, es decir, que la poesía, obra humana, trascienda en lo humano. Para los cristianos en cambio, el mundo empieza después de la muerte; pero podemos estar de acuerdo sobre la vida. Porque el problema de la vida es un problema de esperanza, opuesto al fascismo, que desprecia al hombre y lo tiraniza.

Explica luego las relaciones entre el arte y el marxismo, y hace notar el sinnúmero de interpretaciones erróneas que al respecto se han hecho. El marxismo—dice—no es una verdad en sí, como nadie podría creer que Platón es la verdad en sí. Pero la aportación de Marx, como la de Platón, es una aportación permanente a la cultura humana. El error proviene de las interpretaciones que se le dan a «El Capital» con respecto al arte, porque Marx no alcanzó a escribir su filosofía, y «El Capital» es sólo una obra de economía. La estética de Marx apenas si aparece esbozada en su ensayo sobre Balzac. El mismo Marx se burlaba de los que querían explicar el arte griego por las condiciones económicas de las ciudades griegas. Nunca estableció que el hecho económico fuera el absorbente y primordial, que estuviera en el primer plano de la realidad, sino que en último análisis se encontraban raíces económicas.

Luego Malraux plantea el problema de la libertad del artista, y sostiene la tesis de que esta libertad sólo es discutible en razón de su eficacia. Este problema no debe exponerse en el sentido de que el artista pueda hacer cualquier cosa, lo que le venga en gana, sino de aquello que él desea crear para sí y para la colectividad. El artista no puede oponerse a la corriente vital

de un medio determinado; por consiguiente no puede obrar caprichosamente, porque corre el riesgo de perder hechos e imágenes; tiene que encontrar en los hechos una posibilidad artística. Por eso, en la hora actual, las relaciones del artista con las masas no puede ser un problema exclusivo de arte, sino más bien un problema de conocimiento. Habría que elaborar una verdadera enciclopedia popular de arte, cuya difusión no sólo afectaría a los artistas, sino principalmente a profesores y maestros; ofrecer a los ochenta millones de hombres y mujeres que se dedican a la enseñanza, ideas de valor, ideas que sirvan a altos fines humanos.

Muchos artistas no comparten sus ideas, porque creen que sería la ruina de los valores estéticos. Pues bien, dice Malraux, en vuestras manos está el salvarlos, uniéndoos a nosotros para la construcción de un mundo nuevo en cuya estructura material y cultural entrará el aporte y la idiosincrasia de todos los que cooperen. Además, el arte no es sólo forma; eso es artificio. Existen, es claro, los problemas técnicos peculiares a cada arte y a cada artista; pero es preponderante la influencia que la vida desempeña en la labor creadora. Todas las artes tienen un nexo común: que la diferencia esencial entre la vida y la obra es que a ésta le falta siempre una dimensión. La vida es múltiple, pero no se da significado por sí sola. El artista no es múltiple; pero toma un significado con su estilo. Por medio de un sistema de valores, el artista da sentido y significación a lo que interpreta de la vida. El arte soviético es un arte realista, potente, porque está basado en un mundo que se rige por los principios materialistas del marxismo. Hay, por lo tanto, que saber escoger, porque la vida en su multiplicidad es inabarcable totalmente. Si nos enfrentamos con ella como artistas, es porque la buscamos para sobrepasarnos a nosotros mismos. Este es el problema básico: enfrentar la vida, luchar con ella, y cualquiera que sean nuestros problemas individuales, hay algo de lo que no podemos prescindir en nuestro destino: la alternativa de una torre estéril donde nos

encastillemos con nuestros sueños, lo que implicaría que para ser gran artista se necesita ser ciego, o bien, mirar la vida de frente para crearla en el arte.

La IV Feria del Libro en Madrid

Estamos en Madrid en la época de las Ferias y de las verbenas. Del 24 de mayo al 2 de junio se celebró la IV Feria del Libro. La primera se realizó en 1932, y desde entonces todos los años por esta época, y con auge cada vez más creciente, se ven aparecer las estanterías de libros, con altoparlantes, bullicio y banderolas, mientras la gente va y viene en la rebusca de volúmenes de toda especie.

Ahora esta IV Feria del Libro tiene carácter oficial, se inaugura con asistencia del Presidente de la República, del Jefe de Gobierno, el Ministro de Instrucción Pública y otras autoridades. Asisten también representantes diplomáticos y escritores.

A la entrada del paseo de Recoletos, alrededor de 50 puestos de libros que forman calle, contienen lo más granado de la producción editorial de España. Cada librero y editor muestra en su quiosco un ancho surtido de volúmenes, mientras los catálogos y prospectos vuelan de mano en mano entre la muchedumbre que urge afanosa y observa en silencio los títulos y portadas.

A la entrada del pueblecito del Libro, un hermoso Catálogo General nos sirve de guía para la aventura por este intrincado torbellino de autores y temas. Empieza por darnos una reseña histórica de las ferias madrileñas; nos ilustra luego gráficamente sobre la ubicación de cada puesto y el número de la caseta que corresponde a cada editorial o librería. Con estas armas ya podemos penetrar por la calle multicolor: la Academia Española con sus preciosas ediciones de los clásicos en facsímile; la Biblioteca Nacional con ediciones raras y escasas; la «Revista de Occidente» con sus libros de una elegancia sobria y de autores